

POEMAS

JOSÉ LUIS RIVAS



Chorreando tus cabellos en la alborada que
resarce de un hondo exilio sin memoria
escuchas las nuevas caracolas recibíendote
—plantándote en cada sien una hoja de
bienhechor rocío

Un estar en el ojo recobrado se instala en el
día —y troncha entre dientes su raíz—

El corazón olea silencioso

Ahí estás otra vez en tu juventud desierto en
cuyo umbral sólo se esparce voluptuoso
bálsamo

Dos ojos en uno solo abierto diáfano día fano-
pea de cuarzo

Agua de nacimiento de otra vida

Existe un seno que todo contiene, una música
soberana, una boca que enciende

Su aliento dentro de otra boca —flor de
fluencias humeantes— rojo turbión escin-
dido del vértigo

Un beso más y te confesaré por qué he ensan-
grentado mis silencios

Un horizonte más y te mostraré por qué tomé
la vela aproado al arrobo

Donde el jadeo se fatiga reclamando otras es-
trellas

Acosando gestos efímeros la arena embarran-
cada con espasmos de amantes

Espejismo de extintas nebulosas a la mirada
que fragua calendarios.

Las alas se han entregado al segundo
Un mundo zarpa, voy sobre el largo —el es-
carceo de encaje de tu camión blanco
abandonado al garete—

Frentes lucientes, dedos explorando en sueños
eso en que crean su propia sustancia palpi-
tante

Pero qué rumor, qué antro imploran aquí, qué
despejo

La gaviota ártica vuela sobre las pasiones sólo
un instante —velero dichoso, refugio ines-
perado—

Estaré a las puertas del mediodía musitando el
azul de la resurrección de los cuerpos

Y al ser botadas, islas pecosas de escarcha en
su deriva acometerán tu suelta cabellera
de medusa

Por los océanos amantes de llamas y guijas es-
tremecidas

Mandaré a los veranos desnudos el más firme
instante de la proa
¡Qué alacre surca las aguas, los goces deslum-
brantes de la gente enmarada!

Desmenuzo la risa que ha conmovido su desti-
no
Lluevo la mano que hace don de su escalofrío
Me envuelvo en los espirales cirrus que un
puñetazo lanza en celeste desbandada
Mar fiel tú llenas de nuevo mis dominios y yo
acudo presto a tu llamado
Somos uno, y más abajo la ribera se recoge
bajo los picos zurcidores de las gaviotas
Y no importa adónde me dirija porque es aquí
donde subo a bordo, la noche me devuelve
a la luz que despunta

La tierra a los rociones, y la tempestad al re-
calmón silente

Estuario, estuario escondido
¿Rama de qué piragua deshaciéndose en el
agua— arborescente escoba de mangle por
cuyas fibras
corren de estampía en el ocaso rojos cangrejos
moros?

Flagrante fulgor de un momento desnudo—
¿Y ese arduo fogonazo en los ojos, cuando un
vivo deseo embiste contra un hervor de ja-
ramugos?

¿De qué son los espejos —que hielan el hori-
zonte de la anciana? #